

CAPÍTULO 1

Londres, Inglaterra
Junio de 1814

«Adelante, cabrones. Venid a por mí.»

Miles Edward Thomas Christian, marqués de Wyn-ter, bajaba haciendo eses por una calle mal iluminada de Londres, no muy lejos de Covent Garden. Se tambaleaba de forma exagerada y apestaba a ginebra: tenía todo el aspecto de estar totalmente borracho.

Pero no lo estaba. En absoluto.

Escudriñaba la oscuridad con ojos agudos intentando descubrir a su presa. Llevaba una botella de ginebra barata en una mano y cantaba a voz en grito en un tono de barítono ronco.

—Ah, el tamaño de sus melones hace que se me ponga dura y los pantalones me aprieten. Pero la cara que he visto me la ha arrugado como un guisante...

Su voz profunda se quebró en una nota alta que sonó ácida y un perro aulló en la distancia.

—... ¡Ojalá hubiera apagado la luz!

Estaban allí, observándolo. Notaba sus miradas caninas, casi podía sentir su aliento en la nuca. El aburri-

miento sufrido los meses anteriores se desvaneció con un sentimiento de creciente expectativa.

Había estado estudiando a esos ladrones: conocía sus gustos y sus hábitos. Se los imaginaba salivando, convencidos de que su monedero estaba repleto de oro. No sabían que, en realidad, sólo contenía monedas de hojalata: tintineaban al andar, pero no valían ni un céntimo.

«Vamos, chicos. Unas ganancias fáciles.»

Miles intentó recordar alguna otra canción picante. Solamente conocía unas cuantas y esperaba que su repertorio no se agotara antes de haber atraído a los ladrones fuera de su escondite.

Sujetó la botella con más fuerza y empezó a balancearse. Sabía por experiencia que una presa caída resultaba prácticamente irresistible para un depredador. Con un poco de suerte, los ladrones se abalanzarían sobre él.

Podía verlos: sus perfiles se dibujaban entre las sombras como el de las ratas. Los ladrones se preparaban para el ataque. Miles notó una descarga de adrenalina. Pronto los tendría en su poder.

Tropezó con un carro abandonado que olía sospechosamente a estiércol, cayó pesadamente sobre los tablones de madera podridos y se golpeó la cadera contra algo que parecía ser un par de botas.

—¡Uf! —El contenido de la botella se vertió sobre sus ropas y le salpicó la cara. Al notar que le mojaba la parte superior de la nariz, farfulló con rabia—: ¡Maldición, espero que el Ministerio del Interior aprecie lo que estoy haciendo!

Estornudó.

—¡Maldita sea! —oyó que alguien gritaba cerca de él.

Las botas sobre las que había aterrizado le propinaron una patada en la parte baja de la espalda. Por encima de la maldición ahogada que soltó, Miles oyó el ruido de pies que corrían. ¡Los ladrones escapaban!

Intentó darles caza, pero se encontraba irremediablemente enredado con el borracho, que olía como si acabara de caerse de un carro de pescado.

—¡Búscate un maldito carro! —le gritó el hombre mientras lo empujaba. Su aliento era tan fuerte que habría tumbado a un toro.

—Te pido disculpas, buen hombre —gruñó Miles mientras se secaba la cara con la manga de la camisa y se ponía en pie. La espalda y el costado izquierdo le dolían de una manera infernal, y todavía sería peor por la mañana.

Le ofreció la botella medio vacía al hombre.

—Toma. Necesitas esto más que yo.

—Gracias, gobernador. —El borracho aceptó la botella como si fuera de oro.

Miles sonrió e hizo una rígida reverencia.

—De nada.

Despacio, se dio la vuelta y se alejó.

¡Cómo se habría reído Carny de aquello! A pesar de su amistad, no había nada que le gustara más que ver a Miles comportarse como un tonto. Afirmaba que eso compensaba el hecho de que éste fuera más atractivo, más alto y que poseyera un título más elevado. Miles se sentía más inclinado a creer que a su amigo, simplemente, le gustaba reírse a su costa.

Lo que a Carny no le habría parecido en absoluto divertido era que los ladrones se hubieran escapado otra vez. Esa banda se volvía cada vez más descarada en sus ataques, e incluso violenta. Había que detenerlos antes

de que alguien resultara seriamente herido o, Dios no lo quisiera, muerto.

Miles había accedido a prestarse como cebo de los ladrones después de que uno de sus amigos hubiera sido víctima de su avaricia. Fitz todavía se encontraba convaleciente después del ataque: su pierna había sufrido un serio esguince. El regente estaba aterrorizado ante la posibilidad de que la violencia aumentara, y Miles se sentía obligado, en calidad de par del reino, a ayudar a poner fin a esa situación. Desde que había vuelto de la guerra, se había volcado en varias y peligrosas nuevas obligaciones.

Miles se frotó el abrigo empapado en alcohol con el guante mojado, arrugó la nariz y se encaminó en dirección al coche de alquiler. Olía como un borracho con pésimos hábitos higiénicos.

No había dado ni tres pasos cuando lo oyó: el sutil chasquido de una pistola al ser amartillada. Con gran lentitud, volvió la cabeza para mirar por encima de su hombro derecho.

De pie, bajo la pálida luz de una farola, había una figura esbelta, vestida de negro y con capucha.

«¿Y ahora qué?»

—¿Quién diablos es? —preguntó. ¿Era posible que la cosa se pusiera peor?

Vio el brillo de una pistola bajo la luz parpadeante, y Miles aguantó la respiración maldiciéndose a sí mismo por no haber tenido la sensatez de sacar su arma antes.

—Doy por sentado que no es tan tonto como para deambular por esta parte de Londres sin un arma —dijo el extraño en un tono de voz suave—. Le pido que me la dé ahora, milord.

Fuera quien fuese su atacante, estaba claro que no era inglés. Y todavía más que se trataba de una mujer.

—Escuche, encanto... —Hizo una pausa y se dio la vuelta para encararse con ella. Su cara se encontraba completamente escondida por una máscara que no dejaba entrever ni el más mínimo rasgo—. Si lo que busca es dinero, ha dado con el hombre equivocado. No llevo ni un chelín encima.

—No es el dinero lo que me interesa, lord Wynter —contestó ella, apuntando la pistola hacia su amplio pecho.

Incluso a la escasa luz de las farolas, Miles vio que el cañón del arma temblaba. Fuera quien fuese, era evidente que no tenía por costumbre abordar a los hombres a punta de pistola. Pero darse cuenta de eso no aliviaba la inquietud que le había causado oír que se dirigía a él por su título.

—Estoy impresionado. —Se obligó a mostrarse tranquilo—. Sabe cuál es mi nombre.

—No pretendía halagarlo.

Miles la escuchaba con atención. Su inglés era bueno, casi perfecto, pero el ligero acento que tenía otorgaba un tono sensual a sus palabras. Nunca había oído un acento parecido. Ella también estaba nerviosa: la voz le vibraba a causa de la tensión.

—Bueno, ¿y qué va a hacer, cielo? ¿Me va a disparar a sangre fría y hará que parezca un robo? —Sonrió con aire de suficiencia—. ¿O va a forzarme y arrebatarme la virtud? —Quizá consiguiera distraerla y quitarle el arma. Debía tener cuidado: no había nada más peligroso que una mujer con una pistola.

Ella tendió una mano.

—Creo que alguien ya me ha librado de esa carga, milord. Sin duda, de ello debe de hacer casi veinte años.

Él arqueó una ceja y, con gesto reticente, se sacó la pistola del bolsillo del abrigo y la depositó en la palma de la mano de la mujer.

—Veinte años atrás, yo tenía trece. Aprecio su confianza en mi destreza, pero me temo que sobrestima mi atractivo. —Intentó esbozar su sonrisa más encantadora—. Es suficiente decir que hace menos de veinte años y más de quince.

Ella dio un paso hacia él, acortando la distancia que los separaba.

—¿Por qué no me explica a qué se debe todo esto?

La mujer se puso tensa y apretó la pistola con más fuerza. Miles borró la sonrisa de sus labios. Era evidente que utilizar el encanto y el flirteo no era la táctica adecuada con ella.

—Se lo diré cuando llegue el momento de hacerlo, milord —contestó ella con frialdad. Y haciendo un gesto con la pistola, añadió—: Empiece a andar.

Miles hizo lo que le había ordenado, convencido de que, de lo contrario, no pondría fin a esa incómoda situación, a la que había llegado debido a un extraño giro de los acontecimientos. Probablemente, podría reducirla si lo intentaba, pero, en ese caso, uno de los dos acabaría herido o muerto, y tener las manos manchadas con la sangre de otra mujer sería una carga con la que su conciencia no podría cargar.

Una cosa estaba clara: nadie iba a rescatarlo. Los habitantes de Covent Garden sólo se reunían para observar algo que no requiriese su intervención. Ante la primera señal de peligro, desaparecían entre las sombras o miraban tras las cortinas, con cuidado de no acercarse demasiado, con cuidado de no involucrarse en nada a no ser que pudieran obtener un beneficio con ello.

El cochero que había alquilado tenía órdenes de mandar a buscar a Carny si Miles no llegaba a la hora acordada, pero sólo Dios sabía si Miles todavía se encontraría por los alrededores, por no decir si todavía estaría vivo, cuando su amigo acudiera en su busca.

—¿Adónde vamos? —preguntó, mientras ella lo empujaba por la espalda con la punta de la pistola y lo obligaba a caminar por un callejón.

—Lo descubrirá muy pronto.

Miles arqueó las cejas, pero continuó andando. Oyó que tropezaba detrás de él y sonrió. Sin duda, a su captora le resultaba difícil ver algo a causa de la capucha, especialmente en ese momento en que la elevada estatura de él la privaba de la luz de las farolas.

—¿Necesita ayuda? —preguntó él en un tono burlesco.

Como respuesta, sintió un agudo dolor en la parte trasera de la rodilla izquierda y ésta le falló. Cayó al suelo con un gruñido de sorpresa y de dolor, y se golpeó la misma rodilla contra los duros adoquines de la calle.

—Y usted, ¿necesita ayuda?

Miles soltó una maldición y se puso en pie. Oyó que ella se estaba riendo con unas carcajadas guturales. ¡Le había golpeado!

Casi sin poder contener la furia, se dio la vuelta para encararse con ella. Notó que se le había despertado un tic en la mejilla.

—Se encuentra en un terreno muy resbaladizo, milady —le advirtió con una sonrisa burlesca en los labios—. Nunca he golpeado a una mujer hasta ahora, pero usted está consiguiendo que esa idea resulte muy tentadora.

Su recompensa fue darse cuenta de que ella contenía la respiración. No podía verle los ojos a través de la

estrecha abertura de la capucha, pero no dudaba de que brillaban de indignación.

La mujer levantó la pistola y le apuntó al pecho: el cañón del arma ya no temblaba.

—Podría matarlo ahora mismo y nadie sabría quién lo ha hecho. —Su voz tenía un tono profundo y hostil, ligeramente ronco, que a él le pareció amenazador y sensual.

Miles se inclinó hacia ella hasta casi tocar la capucha con la punta de la nariz.

—¿Qué le hace creer que tengo algo por lo que vivir? —dijo en tono burlón, aunque la pregunta lo había sorprendido incluso a él mismo.

No le dio la oportunidad de responder: se dio la vuelta y continuó andando. El enojo y el disgusto que tenía consigo mismo aceleraron su paso, y sus largas piernas pronto recorrieron la longitud del callejón a pesar del dolor que sentía en la rodilla.

Ella tuvo prácticamente que correr para mantener su ritmo.

—¡Deténgase!

Él continuó andando como si no la hubiera oído.

—¡He dicho que se detenga!

Miles aminó el paso y se preparó para recibir el disparo. Notó un fuerte golpe entre los omóplatos que lo dejó sin respiración. Se tambaleó un poco y tropezó con algo que cayó a sus pies a pocos centímetros de distancia. Bajo la tenue luz de las farolas vio de qué se trataba: ¡le había golpeado con un enorme trozo de adoquín!

Volvió a maldecir, se incorporó y se volvió hacia la mujer. Lo recibió el cañón de la pistola.

—Muy pronto —le prometió, con las mandíbulas apretadas—, voy a quitarle esa pistola y la máscara, y lue-

go me encargaré de que la metan en prisión. Pero ¡antes la estrangularé con mis propias manos! —Vio con satisfacción que el cañón de la pistola temblaba ligeramente.

La mujer alargó la mano que tenía libre hacia su izquierda y se oyó el chirrido de una puerta que se abría, invisible en esa oscuridad.

—Hemos llegado. —Le dio una antorcha y yesca que acababa de sacarse del abrigo—. Enciéndala.

Maldiciéndola a ella y a sus antepasados en voz baja, Miles encendió la antorcha y la sostuvo en alto.

Notó cómo ella le empujaba con la pistola entre los omóplatos y Miles subió los estrechos escalones rezonando. Sus hombros casi no pasaban entre los angostos muros de la escalera.

A sus espaldas, oía cómo la mujer arrastraba los pies con paso inseguro. La capucha y la pantalla que formaba su propio cuerpo le tapaban la mayor parte de la luz de la antorcha y casi no podía ver nada en esa oscuridad. Seguramente, ella se daba cuenta de que él notaba esa dificultad, pero mantenía el tipo.

Era orgullosa, pensó. Demasiado orgullosa. ¿Es que no se daba cuenta de lo fácil que a él le resultaría reducirla ahora que ella no veía nada? Si la atacaba en ese momento, no podría defenderse.

Pero si lo hacía, nunca sabría por qué se hallaba en esa situación. Podría tratarse de una espía francesa enviada por alguien para sacarle información. Que se hubieran deshecho de Napoleón en Elba no significaba que éste se quedara allí. Descubriría qué era lo que tramaba esa mujer, y luego ya se encargaría de ella.

Pero no pensaba subestimarla.

Sin saber por qué lo hacía, levantó la antorcha para que su luz la iluminara un poco más.

Entonces se dio cuenta de que los pasos que lo seguían se habían detenido, y se dio la vuelta.

Ella lo estaba mirando con la cabeza ladeada y con la pistola apuntándole al vientre. Durante un angustioso momento, Miles pensó que iba a dispararle allí mismo, en esos estrechos escalones.

—Gracias.

Él le dedicó una cortés reverencia con la cabeza, le dio la espalda y continuó subiendo.

Las escaleras conducían a una habitación pequeña y escasamente amueblada. El suelo estaba sucio y el ambiente olía a moho. En cuanto el resplandor amarillento de la antorcha invadió la habitación, un par de ratas corrieron hasta la oscuridad de un rincón y se los quedaron mirando con ojos hostiles y brillantes. La cantidad de polvo y de telarañas que había era prueba de que nadie había estado allí en mucho tiempo. Esa idea no resultaba precisamente alentadora.

—Vaya hacia allá —le ordenó ella, mientras hacía una señal en dirección a una desvencijada mesa situada en el extremo más alejado.

Miles hizo lo que le había ordenado, preguntándose si ella se las había arreglado a propósito para colocarse a la misma distancia entre él y la única vía de escape.

Se sentó en una de las destartaladas sillas que había ante la mesa. Una de las patas era más corta que las otras tres y la silla cojeaba cuando él se movía. Con una sensación de frustración, se recostó en el respaldo y se obligó a permanecer tan quieto como le fuera posible.

—¿Hemos llegado ya a la parte de la tragedia en la que me va a decir qué diablos es lo que desea? —le preguntó en un tono suave aunque con cierta malicia. Y esbozó una sonrisa que pretendía ser intimidante.

—Sí —admitió ella, de pie ante él, como si disfrutara mirándolo desde arriba. Parecía completamente indiferente a su actitud.

Miles sintió cómo crecía su ira. Con pistola o sin ella, se sentía profundamente tentado de darle una lección a aquella zorra arrogante.

—¿Y?

—Quiero saber por qué mató a Isabella Mancini.

Miles se incorporó en la silla de manera tan brusca que estuvo a punto de caer al suelo.

Debía de haber oído mal. No era posible que ella hubiera dicho eso. Sintió una profunda incredulidad.

—¿Bella está muerta? —Tenía que ser un error. Sintió que el estómago se le encogía. «Por favor, que sea un error.»

Una imagen le pasó por la cabeza: la de un hermoso rostro aceitunado de ojos grandes y del color de la obsidiana, y labios sensuales y sonrientes. El cabello como de ébano esparcido sobre la almohada, con destellos azulados a la luz del sol de la mañana. Nadie había estado tan vivo como Bella.

—Ella era su amante —le dijo su captora en tono de burla—. ¿Espera que me crea que no sabe nada de su muerte? ¿Que no la ha matado en un ataque de celos?

Miles miró a la mujer como si ésta acabara de anunciarle que era la reina de Persia. Sus lágrimas se evaporaron inmediatamente.

—¿Cree que yo he matado a Bella?

—¿Me está diciendo que no lo ha hecho?

Él asintió con un vigoroso gesto de cabeza.

—Eso es exactamente lo que le estoy diciendo. Hace meses que no veo a Bella. Nos separamos unas cuantas semanas antes de que ella se fuera a París. Le aseguro

que estaba muy viva la última vez que la vi. —«Y con el corazón roto.» Él se había encargado de ello.

—Pero se separaron de forma poco amistosa —le recordó la mujer con frialdad.

Miles asintió otra vez con la cabeza, pero con gesto ausente, distraído por los recuerdos de Bella. Sus labios esbozaban una triste sonrisa.

—Sí. —Apartó la melancolía y levantó la mirada hacia su captora. Tenía las mandíbulas apretadas—. Lo que sucedió entre Bella y yo no es asunto suyo.

—¡Usted la mató! —Ese grito delataba convicción y rabia.

—¡Ella quería más de lo que yo estaba dispuesto a darle! —le gritó él y, bajando la voz, añadió—: Nos dijimos adiós y la dejé allí. Triste, pero sana y salva.

Ella se rió, burlona:

—Es una historia convincente. Ella no necesitaba su dinero. ¡No era una de sus putas inglesas!

Él la miró y se dio cuenta de que casi le inspiraba simpatía. Loca o no, era evidente que a aquella mujer le había importado Bella.

—No, no lo era. —Apartó la mirada—. Bella no quería mi dinero. Quería mi corazón.

Ella se rió burlonamente otra vez.

Él sonrió con expresión amarga. Dudaba que la mujer llegara a creer en su inocencia. Pero todavía había que ver si tenía intención de matarlo.

—Yo no podía dárselo, y ella no se hubiera conformado con menos. —Se encogió de hombros—. Es verdad que nuestra... relación tuvo un final poco satisfactorio, pero yo no era la parte herida. No disfruté haciéndole daño a Bella. Y, por supuesto, no le habría causado ningún daño físico. Si me cree o no es asunto suyo.

Miles se perdió en sus recuerdos un momento: pensó en la sonrisa triste de Bella cuando le pidió que se fuera. Ella tenía su orgullo, le había dicho.

Al dirigir de nuevo la atención a su captora, ésta dio un respingo, como si también se hubiera dejado llevar por sus propios recuerdos:

—¿Cómo murió Bella?

—Fue estrangulada —contestó ella en voz baja.

Él sintió como si unos dedos fríos le atenazaran el corazón y en la mente le aparecieron imágenes del cuerpo de Bella sin vida. La veía casi perfectamente, tumbada en la cama, vestida con una bata de encaje y los ojos muy abiertos y ciegos de terror. Se estremeció.

—¿Cuándo?

—El veintiséis de abril.

Por lo menos, tenía una coartada.

—Yo me encontraba en el campo con un amigo el veintiséis. Pregúntele a cualquiera: se lo dirán.

—Miente.

En ese momento la pistola le estaba apuntando directamente a la cabeza.

Él se encogió de hombros y fingió despreocupación, a pesar de que sentía el corazón encogido.

—Es verdad. A no ser que quiera matar a un hombre inocente, le sugiero que lo pregunte. Cualquiera le podrá decir que tanto el conde de Carnover como yo nos perdimos una fiesta en honor a lord Byron debido a que fuimos a mi residencia de campo. —Era mentira. Habría preferido cortarse la lengua a pasar una noche con Byron y sus amigos.

Había conseguido despertarle la duda, se daba cuenta porque sus movimientos eran inseguros. Ya no sujetaba el arma con tanta firmeza.

Miles se movió con agilidad: tiró la silla al sucio suelo y saltó hacia la mujer, que gritó y levantó el arma. Él le sujetó la muñeca con una mano y se la apretó con tanta fuerza que le cortó la circulación y le obligó a abrirla.

Mientras luchaba salvajemente contra él, le soltó, en un inglés perfecto, un torrente de insultos que hubieran avergonzado a un marinero. A pesar de que había tenido que soltar el arma, le daba patadas con sus largas piernas, intentando encontrar un punto vulnerable.

—¡Deje de retorcerse, maldita sea! —Él le apretó la muñeca con más fuerza. La mayoría de los hombres se habrían rendido a esas alturas, pero aquella mujer luchaba como si su vida dependiera de ello.

—¡No... voy a... hacerle... ningún daño! —gritó él mientras se esforzaba por controlarla—. ¡Sólo quiero algunas respuestas!

—¡Suélteme! —Le golpeó la cabeza y los hombros con el brazo que le quedaba libre y le dio una fuerte patada en la espinilla.

—¡Maldita sea, estese quieta! —La sujetó por la otra muñeca, le dobló los dos brazos a la espalda, y se los sujetó con una mano, mientras con la otra dejaba la pistola encima de la mesa. Ella continuaba debatiéndose como un animal atrapado y él aprovechó su falta de concentración. Con un movimiento ágil, le separó ambas piernas y se colocó entre ellas. Ahora ella ya no podía darle patadas y había perdido el equilibrio.

A pesar de todo, continuaba forcejeando. Miles se imaginaba lo que le debían de doler los hombros al moverse de esa forma para librarse de él. La sujetó con más fuerza y tiró de ella hacia atrás hasta que la tendió encima de la mesa, impidiéndole que se retorciera tanto.

Por desgracia, ese movimiento solamente consiguió

hacerlo más consciente del calor agradable y femenino que sentía contra su entrepierna y de los pechos llenos que se apretaban contra su abrigo.

—Y ahora —dijo él casi sin aliento—. ¿Por qué no me dice quién es?

Los ojos de ella brillaban desde detrás de las aberturas de la máscara. Estaba demasiado oscuro para ver de qué color eran, pero podía ver su brillo.

—Váyase al infierno.

Miles sonrió. Por lo menos, estaba claro que tenía agallas.

—Eso no responde a mi pregunta. Vamos a intentarlo de otra forma: ¿quién es usted?

Ella dijo algo en voz baja.

—¿Cómo pretende ofenderme si no puedo oír lo que dice?

A Miles le resultaba agradable sentir aquel cuerpo tenso por la rabia debajo del suyo; era más redondo y suave de lo que le había parecido al principio. Era evidente que había una parte de su propio cuerpo que no se sentía ofendida por el hecho de que ella lo hubiera asaltado a punta de pistola.

—¡He dicho —gruñó ella—, que es un hijo de puta y que lo jodan!

Miles se quedó tan sorprendido que no pudo evitar una carcajada. Si no fuera por el triste hecho que lo había llevado hasta allí a la fuerza, esa situación sería una de las más hilarantes que nunca le habían sucedido. Tenía que estar volviéndose loco.

—Esto ya ha durado bastante —anunció—. Ahora voy a quitarle la máscara y pondré fin a esta charada. Luego, espero que me diga cómo ha llegado a sospechar que yo he matado a Bella.

Fue un error anunciarle cuáles eran sus intenciones. Pensaba que la tenía bien sujeta hasta que vio que su cabeza se acercaba a él rápidamente. No le dio tiempo a reaccionar y la cabeza de la mujer le golpeó en la frente con toda la fuerza de un enorme martillo. Aturdido, la soltó y dio un paso hacia atrás.

«Maldición.»

Ella alargó la mano hacia el arma y la cogió segundos antes de que él la sujetara.

—¡Ya he tenido bastante! —Intentó arrebatarle la pistola—. ¡Se acabó la tontería! —Le levantó la mano y se la estampó contra la mesa con tanta fuerza que ella tuvo que abrirla, al tiempo que soltaba una exclamación de dolor.

La pistola cayó al suelo y descargó la bala contra la pared opuesta con un fuerte ruido. Su captora chilló y varias baratijas y un viejo plato cayeron de las estanterías y se rompieron contra el suelo.

El ruido sólo duró unos segundos, pero a Miles todavía le resonaban los oídos y recordó España y la muerte y la destrucción que había visto allí. Había pasado más de medio año desde que una herida lo había mandado de vuelta a casa. Napoleón había abdicado esa primavera, pero Miles todavía se despertaba algunas mañanas con el olor a pólvora y a carne podrida en las fosas nasales.

Varya se dio cuenta de repente de que la atención del marqués se había dirigido a otra parte. El agudo dolor que sentía en la frente y en el brazo desapareció al notar que estaba libre. Los labios le temblaban a causa de la adrenalina. Casi podía oler el miedo en su propio cuerpo, empapado de sudor.

Frenética, buscó a su alrededor en busca de otra arma, pero la capucha no le permitía mirar en otra di-

rección que no fuera hacia delante. Y justo delante de ella, de pie, iluminado completamente por el resplandor de la antorcha, se encontraba el hombre más atractivo que había visto en su vida, a pesar de que olía como una taberna portuaria y que sus ojos de gato tenían una frialdad extraña.

Sus rasgos afilados habían palidecido, como si acabara de ver un fantasma... ¡Sí, el fantasma de Bella! Hasta que no descubriera lo contrario, tenía que recordar que él era su principal y único sospechoso. No tenía ningún sentido encontrarlo atractivo. Muy probablemente era el hombre que había asesinado a su más querida, y única, amiga.

Se obligó a pensar en Bella, no sólo viva, sino muerta. Varya había sido quien había encontrado el cuerpo, ¡y no permitiría que el bonito rostro de Miles Christian se lo hiciera olvidar!

Él la había tendido contra la mesa y notaba el canto agudo de la misma entre las piernas a través de la gastada tela del pantalón de montar. La única vía de escape se encontraba detrás de él, lo cual significaba que tendría que reducirlo para poder escapar. No podía arriesgarse a que la desenmascarara. Si lo hacía, todos sus años de libertad no habrían servido para nada.

Levantó la rodilla y le golpeó en la entrepierna con la fuerza necesaria para inmovilizarlo sin hacerle demasiado daño. Él se dobló sobre sí mismo y exhaló todo el aire de los pulmones: su atractivo rostro palideció a causa del dolor y la sorpresa. Varya lo apartó de un empujón como si pudiera contagiarle algo y él cayó al suelo.

Jadeando, tomó la pistola con la mano buena —había perdido la sensibilidad en la otra— y corrió hacia la puerta. El corazón le latía con fuerza, desbocado. Esta vez, si

él la atrapaba, no sabía qué le podía hacer. El miedo que sentía era muy intenso, casi animal. «Escapa de él —le decía ese miedo—. Escapa tan de prisa como puedas.»

Se encontraba solamente a unos centímetros de la escalera cuando él la atrapó por la capucha. Presa del pánico, se debatió para soltarse moviendo frenéticamente la cabeza. La capucha se retorció contra su cara, le tapó la visión parcialmente y se llevó el pelo al levantarse por encima de su mandíbula. Él la sujetó por el brazo. Le estaba hablando, intentaba tranquilizarla. Ella no podía distinguir sus palabras, solamente oía el sonido de su voz. No quería tranquilizarse. ¡Quería ser libre!

A ciegas y con violencia, dio un golpe con el brazo. La culata de la pistola golpeó la sien de él, que soltó la capucha. Ella vio, con horror y sorpresa, que él se desplomaba en el suelo con un fuerte golpe: se había dado con la cabeza contra las planchas de madera y estaba inmóvil.

—¡Dios santo! —susurró—. ¿Qué he hecho?

La inundó un sentimiento muy cercano a la histeria. Lo había matado. ¡Había matado a un par del reino!

Pero inmediatamente se dio cuenta de que no lo había matado, y se obligó a mantener la calma. Veía que el pecho de él subía y bajaba al ritmo de su respiración. Solamente lo había dejado inconsciente.

Durante unos momentos, únicamente fue capaz de permanecer de pie allí y observar aquel enorme bulto que tenía a los pies. Incluso estando inconsciente, una especie de poder emanaba de él. Era como el león que había visto una vez en Moscú.

Desoyendo todo sentido común, se arrodilló a su lado y fijó la mirada en aquella belleza pura y masculina. Ahora, de alguna manera, deseaba estar equivocada, deseaba que él no hubiera matado a Bella. Se lo veía tan

joven, tan angelical con los ojos cerrados, que resultaba fácil olvidarse del aspecto felino que tenían cuando estaban abiertos.

Él no tenía nada de inocente. Eso era evidente por la forma en que su cuerpo había reaccionado cuando se había colocado entre sus piernas abiertas. Ella había quedado atrapada entre la dureza del cuerpo de él y la mesa de madera. La mesa solamente le había cortado la piel, pero la presión de las caderas de él contra las suyas la había marcado y había despertado una corriente de placer sensual que le había recorrido todo el cuerpo a pesar del miedo que le tenía. No, cualquier hombre que pudiera provocar más deseo que miedo no era inocente.

A pesar de todo, había alguna cosa en la manera en que su pelo rojizo le caía sobre la frente y en la manera en que su risa le dulcificaba los rasgos que la conmovía. Con gesto dubitativo, alargó la mano y le tocó la mejilla. Su piel, bajo la sombra de la barba, era dorada y suave...

—¡Idiota! —Se puso en pie de un salto, como si el contacto con la piel de aquel hombre le escociera y se maldijo a sí misma por permitir sentirse afectada. Ése era su encanto. Y era eso lo que había atraído a Bella y había provocado su muerte. Varya haría bien en recordar que ese hombre era un monstruo.

Y tenía mucha experiencia en monstruos.

Se imaginaba cuál habría sido la reacción de Bella si hubiera visto lo que Varya había hecho: había puesto al marqués de Wynter de rodillas.

Sin abandonar ese pensamiento, corrió por las sombras y bajó la escalera sintiendo las piernas más temblorosas que rápidas.